

#YoMeQuedoEnCasa. #EsteVirusLoParamosEntreTodos

- Cuento nº 5
- Autora: Mayte Ortega
- Fecha: 6-abril-2020



Érase una vez en un pueblo llamado Portillo donde vivían unos científicos que estaban estudiando las distintas etapas constructivas del castillo que se levantaba en el alto del cerro. Por aprovechar el tiempo y empujados por el bajo presupuesto la investigación, decidieron montar unas tiendas en el patio de armas del castillo con todas “comodidades” para pasar allí los próximos dos meses.

A las dos semanas de estar instalados recibieron la visita del Dr. Baldón, compañero de departamento de su facultad madrileña. Les informó de que el virus que había aparecido en China, el Covid-19, se había propagado por Italia, y que se estaban dando los primeros casos en Valencia y Madrid. Las noticias les inquietaron y, después de marcharse su compañero decidieron que, si ajustaban los gastos, podrían quedarse más tiempo dentro del castillo, evitando al máximo el contacto con el exterior.

Pero a la semana de la visita, la doctora Sanchís, co- investigadora principal, empezó a encontrarse mal. Llegó la fiebre alta, malestar general y una tos muy persistente. Todos sus compañeros coincidieron que eran todos síntomas característicos del Covid-19 y dieron por hecho que la visita del profesor habría sido el origen de la infección.

Llamaron por teléfono a las autoridades sanitarias pertinentes y les indicaron que en lo que no empeorase o tuviese dificultad para respirar era mejor que permaneciera aislada en su domicilio. ¿Domicilio? ¿Dónde podría pasar esos días en el castillo? La propia doctora encontró la solución. Acondicionarían la primera sala que se encontraba en las escaleras que llevaban al pozo. Era fresca pero tenía poca humedad para estar bajo tierra. Podían bajarle una vez al día comida, agua y medicación y no interrumpiría el trabajo de investigación de sus compañeros.

Se instaló en la cama y se preparó psicológicamente para pasar allí las próximas semanas. Tenía electricidad, por lo que podía leer, escuchar música e incluso, los ratos que la fiebre le daba un respiro, trabajar un poco con su portátil.

Un día con fiebre especialmente alta bebió tanto agua que acabó el depósito que sus compañeros le llenaba todas las mañanas. Era de madrugada y no quería molestar a nadie. Recordó que el agua de la pequeña poza que había en la sala era potable. Tomó un poco y bebió. Estaba fresca y tenía un sabor extraño, fruto de la mezcla de distintas sales disueltas en esa agua que lamía los cimientos de la construcción. El sabor no le disgustaba y la temperatura le ayudaba a bajar su calor corporal.

La noche siguiente, aunque sus compañeros le dejaron más agua de la habitual por la mañana, le pasó lo mismo y volvió a beber el agua de la poza por la noche. Se quedó dormida. Cuando se despertó, mediada la mañana, se encontraba mucho mejor, muchísimo mejor... sin fiebre, sin malestar, apenas tos...

Al día siguiente le tocaba revisión con un médico que entraba totalmente protegido a la sala cada 4 días a auscultarle. Se llevó una grata sorpresa al ver tal mejoría en tan poco tiempo. Pensó que había algo en el confinamiento que había propiciado una recuperación tan rápida. La doctora Sanchís le contó con todo lujo de detalles todo lo que había hecho los últimos cuatro días, incluido la fiebre tan alta y la necesidad de beber agua de la poza. "El agua...." Pensó el médico. Tomaron una muestra y la enviaron al laboratorio médico de Valladolid junto con un informe en el que explicaban todo lo que había sucedido.

Efectivamente, la combinación especial de sales que se daba en el agua de la poza neutralizaba la capacidad de reproducirse y extenderse del Covid-19. Lograron en el laboratorio producir litros y litros de agua con la concentración exacta de sales. A base de dar de beber a todo los afectados. Los enfermos se fueron curando y fue disminuyendo la propagación del virus hasta desaparecer por completo.